

buen gusto, muchacho; la chica es encantadora, modesta y digna. No la conozco más que de algunos días; pero basta y sobra. Me parece que le fuiste simpático. Te casas con ella.... porque, ¿quieres que sea franco?; pues debes casarte. Vives muy solo, muy retirado: ¡cásate con ella, hijo mío!

—No deseo otra cosa; pero ¿y si no me aceptan?

—¡Qué tontería!

—Pues, sin embargo, me rechazan.

—Imposible. ¿Quién? ¿ella?

—No; su padre.

—¿Con qué pretexto?

Armando contó al señor du Chatel lo ocurrido.

—Es absurdo (exclamó éste, después de oír á Armando con suma atención). ¡Rechazar una proporción como tú por tan fútiles preocupaciones! No debe haberte dicho los verdaderos motivos. Ahí hay algo más.... Á un médico viejo como yo no se le engaña así como así. Somos gente mal pensada los médicos.... Ya iré yo á ver al señor de Beuvret, á ver si le saco el secretillo. ¿Comerás con nosotros?

—No; como en casa. He convidado á Roberto.

—¡Hola! ¿Crees que nuestra comida no es tan buena como la tuya? Pues, amiguito, estás equivocado de medio á medio; hoy precisamente....

El buen Doctor no pensaba como exponía; pero deseoso de ocultar á Armando su triste situación, quería engañarle hasta en lo baladí, para que les juzgara felices.

XI.

Terminada la comida, servida en un comedor rodeado de aparadores antiguos y las paredes cubiertas con ricos tapices; cuando los criados hubieron servido el café y traído cigarros y licores, los dos jóvenes, Armando Le Forestier y Roberto du Chatel, quedaron solos y pudieron hablar con libertad.

Armando comenzó por confiar á su amigo sus proyectos de matrimonio, que ya había confiado al Doctor. Le contó las razones que el señor de Beuvret había dado como motivo para oponerse al casamiento; la última entrevista habida con su amada, y la resolución tomada en ella de redoblar sus esfuerzos para descubrir los criminales, castigarlos y dedicarse entonces por completo á su prometida esposa.

—Pero (dijo Roberto) los has buscado hasta hoy sin descanso. ¿Cómo no habiéndolos podido encontrar hasta ahora, crees podrás hallarlos en adelante? Á medida que el tiempo pasa, las difi-

cultades son mayores. Los semblantes varían; los trajes tienen forma diferente, y todo, en fin, contribuye para que á quien tal vez les hubieran podido ser conocidos, hoy no se lo sean.

—Te equivocas. Los ojos no cambian ni de color ni de expresión.

—¡Ah! ¡Los ojos! Siempre la misma idea; encontrar á aquel cuyas miradas te impresionaron tanto.

—Sí... es posible....; porque hasta ahora no lo he buscado bien.

—Lo has buscado por todas partes.

—Á excepción de aquellas que él debe frecuentar.

—¿Cuáles son?

—¿Te acuerdas...., puesto que has leído y releído conmigo los legajos que me fueron entregados por la justicia...., de la declaración de la comerciante de abanicos de la Chaussée-d'Antin y de su señorita de mostrador?

—¿Respecto al parroquiano que conocían por el Caballero de los ojos de gato? Sí, me acuerdo.

—El Jefe de seguridad calculó desde luego que éste era uno de los culpables...., y se fundaba en que el sujeto en cuestión, que visitaba con frecuencia á la abaniquera, dejó de visitarla en la época del crimen, en los últimos días de Diciembre, que era cuando se estaba tramando, y en la

primera quincena de Enero, que fué cuando se verificó.

—Pero sus suposiciones no sirvieron de nada. Las dos mujeres que se pusieron en su busca, no pudieron encontrarle.

—Lo cual prueba que las suposiciones eran fundadas. Seguramente él se ocultó después de cometer el crimen. De otro modo, ellas hubieran concluído por verlo, en el barrio por donde pasaba y en donde vivía seguramente, en los paseos que acostumbraba á frecuentar, ó en otra cualquiera parte. Recuerda que las señas dadas por ellas están en un todo conformes con el retrato trazado por mí cuando era pequeño, y con lo dicho por todos.

—Bien, estamos conformes (dijo Roberto, encendiendo un cigarro); pero si no has podido encontrarlo hasta hoy, ¿cómo lo vas á encontrar en adelante?

—Hasta ahora no he sabido emplear los medios de que me debía valer para encontrarle.

—Sí; pero los sentimientos, como los semblantes, cambian mucho en el espacio de veinte años. Pudo amar á las abaniqueras, y hoy tal vez las aborrezca.

—Su amor era de cierta índole.... Creo que el sujeto de que nos ocupamos tendrá ahora, cuando más, de cuarenta y ocho á cincuenta años.... y á esa edad no se abandonan todavía los placeres.

—¿Y qué piensas hacer?

—Ser menos torpe que lo he sido hasta ahora.... ¿En qué lugares lo he buscado? En los lugares públicos, en los boulevards, en las calles, en los teatros; siempre de día, y por las noches en parajes relativamente claros.

—¿Y dónde quieres encontrarle por la noche, á menos que consigas introducirle en su alcoba, lo cual no me parece cosa fácil?

—Para ti y para mí no lo es seguramente; pero para otros que lo han hecho antes, debe serlo.

—¿Y quiénes son esos otros? ¿Sus antiguas queridas y las que hoy tenga?

—Precisamente. Se trata de explorar ese mundo, visitar esos salones de contrabando á que ellas concurren, y frecuentarlos por algún tiempo. Se trata, sobre todo, de interrogar hábilmente á las antiguas, cuyos recuerdos pueden muy bien ponernos en la pista, y decirles á las otras: «Si descubríis, si sorprendéis ciertos fenómenos, cierto brillo en las miradas de una persona con quien estéis en relaciones, avisadme. Esta confidencia os reportará mucha más utilidad que su amor. El solo aviso, os será pagado espléndidamente».

—En una palabra (replicó Roberto sonriendo): ¿tratas de organizar una policía de mujeres de mala conducta?

—¿Crees acaso que no será tan buena como otra cualquiera?

—Al contrario: creo que será superior á todas. El más hábil diplomático, el agente más listo, son niños de teta comparados con una mujer que sea un poco astuta. Tienen un instinto maravilloso y un golpe de vista que jamás les engaña.

—¿Luego te gusta mi nuevo plan?

—Sí; pero desconfío del éxito.

—¿Por qué?

—Primero, porque me parece difícil de ejecutar.

—¿Y además?

—Ya te lo he dicho: han pasado veinte años, y es posible que ese sujeto haya desaparecido, cambiado de vida. Puede haberse casado ó muerto.

—¡Es verdad! Pero me lo daría el corazón.

—¿Y cuándo piensas comenzar tus pesquisas?

—No pienso hacerlas por mí mismo, mi querido Roberto. No he frecuentado jamás, tú lo sabes, esos lugares donde trato de penetrar. Se notaría que era un advenedizo, que desconocía por completo aquellos usos y costumbres. No quiero que por una torpeza mía puedan tener mal éxito nuestras averiguaciones; mas hay otra razón....

—¿Dudas confiármela?

—No, ciertamente. El cariño verdaderamente fraternal que te profeso, no me permite el que tenga secretos para ti. La verdadera causa que me impide el poner en ejecución el plan por mí mismo, es mi amor.... El amor sincero, puro y profundo que profeso á Clara. No podría respirar en aquella atmósfera, sin creer que mancillaba el idilio que constituye el único encanto de mi vida; no creo deber tener contacto con....

—¡Desiste de tus proyectos!

—¡Jamás!

—¿Cómo piensas entonces realizarlos?

—Las causas que me hacen no llevar á cabo por mí mismo la empresa, no existen para todos. Un hombre puede emprenderla sin comprometerse.

—Sin duda; pero....

—Lo que yo no puedo hacer, un amigo, un verdadero amigo, puede hacerlo; sobre todo si yo se lo pido como la mayor prueba de amistad que puede darme, como el mayor de los servicios que prestarme puede.

—Creo comprenderte.... Has contado conmigo.

—¿Acaso me he equivocado?

—No te digo eso. Pero piensa un poco. Reflexiona.... Si hay algún hombre poco á propósito para desempeñar una misión como esa, ese hombre soy yo. Mi juventud, tú lo sabes, ha sido

en un todo igual á la tuya. No soy mejor que otro cualquiera; he tenido algunas aventuras insignificantes, prosaicas, que no han llegado á distraerme de mis estudios, de mis trabajos. Ignoro por completo lo que es ese género de vida alegre y borrascosa; mi existencia se ha deslizado siempre en la mayor calma y tranquilidad.

—Eso es un error.

—¿Acaso censuras mis hábitos de laboriosidad?

—No; pero censuro tu aislamiento, tu misantropía. Has seguido demasiado mi ejemplo. Vives retirado, separado por completo de la sociedad, del ruido, del movimiento parisién. Hablemos con formalidad, Roberto.... Estás al frente de una agencia de negocios. Pretendes tener una numerosa clientela, ganar mucho dinero. Quiero creerlo para no contrariarte.... ¡Sea! Mas lo conseguirías, y lo conseguirías seguramente más pronto y con más seguridad, si comenzaras por modificar tu manera de vivir. En la sociedad que nosotros frecuentamos, la vida es tranquila como la nuestra, y no hay disputas, ni litigios, ni procesos. En las otras, por el contrario, están siempre en constantes luchas y querellas. Por lo tanto, en éstas es donde hay causas que defender, intereses que salvar y derechos que hacer valer.... Aquí es donde podrás

ver acreditarse tu agencia y aumentar el número de tus clientes.

—Tienes razón, tienes razón... Gracias por tus consejos, que voy seguidamente á poner en práctica: mi fortuna está hecha.... Gracias.

—¡Oh! No cambies de semejante manera los papeles. Soy yo, Roberto, el que debe quedar obligado. No trates de quitarme esa satisfacción.

Obedeciendo á un mismo sentimiento, se levantaron ambos, y se estrecharon las manos en silencio.

XII.

Al día siguiente, como á las diez de la mañana próximamente, al llegar á su gabinete de consulta Roberto du Chatel, el pilluelo, como de unos quince años, que le servía á un mismo tiempo de ordenanza y portero, se le presentó con ademán azorado.

—¿Qué ocurre?

—Señor, han venido á buscarle.

—¡Parece imposible!—murmuró sonriendo du Chatel.

Y levantando la voz, añadió:

—¿Y quién ha sido?

—Una señora.

—¿Eh? Debe haberse engañado; sin duda me ha confundido con algún pariente mío.

—No, señor; era seguramente á vos á quien buscaba, y la prueba es que ha venido tres veces.

—¡Tres veces!

—Sí, señor; tres veces. Ha dicho que os buscaba para un negocio de suma importancia.

—¡Diablo! Vengo después que han estado á buscarme.... Para una ocasión que se presenta.... Vamos, se ha concluido.... Déjame trabajar.

—Señor (replicó el pilluelo), no se ha concluido, como decís. Esa señora ha dicho que volvería.

—Decididamente es constante.... ¿Y cómo es esa señora?... ¿Joven?

—¡Oh! No, señor.... Pero es muy elegante y muy fina. Me ha dado diez sueldos de propina.

Y como semejante fortuna no se presentaba todos los días, el pilluelo se retiró muy alegre, después de recibir la orden de anunciar á la señora en cuestión tan pronto como se presentara de nuevo.

La llegada de una cliente á su gabinete de consulta era una cosa tan imprevista, tan extraordinaria, que á Roberto le costaba trabajo creerlo, no obstante las reiteradas afirmaciones de su ordenanza y portero.

—No es probable (se decía); parece imposible. ¡Un pleito, un buen pleito!.... ¡Esa señora debe venir equivocada!.... Sin embargo, ha venido tres veces.... Su equivocación no había de durar tanto tiempo.... ¡Quién sabe!.... Esperemos.

Para matar el tiempo, se puso á reflexionar en los proyectos de Armando Le Forestier, y en la conversación que había tenido con él el día antes. ¿Cómo se introduciría en aquel mundo de contrabando, donde tenía una misión que cumplir? ¿Quién lo introduciría, lo presentaría? No encontraba á nadie. Sus pocos amigos, sus conocimientos, no vivían en él, ni estaban en su marcha. Mientras que pensaba sin encontrar solución posible, el ordenanza dijo con voz misteriosa, asomando la cabeza:

—Señor, ya está ahí.

—¿Quién? ¿La señora en cuestión?

—Sí, señor.

—Pues bien, hazla pasar, y retírate.

El pilluelo se retiró, cediendo el paso á la persona que acababa de anunciar.

Era una mujer vestida con suma elegancia, con demasiada elegancia para la hora que era todavía. Parecía como de unos cincuenta años, y á través de los afeites y del blanco perla, se dejaban adivinar restos de su pasada belleza. Su aspecto noble y sus modales distinguidos impe-

dían juzgar si era una mujer galante, una marquesa auténtica, ó, por el contrario, una persona en la que todo era ficción y fingimiento. ¿Á qué sociedad pertenecía? ¿Cuál podía ser su procedencia? ¿En qué esfera de la sociedad se encontraría? Tales eran las preguntas que se hacía Roberto, sin poder darse respuesta alguna.

La señora tomó asiento en el sofá que le ofreció éste, y como contestando á sus miradas, dijo con cierta coquetería:

—He venido, caballero, á pedir os consejo y á confiaros un asunto bastante delicado.

Estas palabras sublevaron la modestia de Roberto du Chatel. ¡Confiarle un negocio delicado! ¡Á él! Creyendo, como había creído en un principio, que aquella señora se había equivocado, y seguramente lo tomaba por otro, la interrumpió, diciéndole:

—Por Dios, señora; me lisonjeáis demasiado, con lo cual sin duda os prometéis haga por mi parte cuantos esfuerzos me sean posibles para justificar la opinión que decís os merezco; pero permitidme os pregunte las razones que os han inducido para que hayáis resuelto dirigiros á mí. Esto me parece extraño, y no puedo admitir que, tratándose de una equivocación.... Hay muchos du Chatel, y tal vez penséis dirigiros á alguno de mis parientes.

—No, caballero; me he dirigido al señor Ro-

berto du Chatel, á quien conozco hace ya algún tiempo.

—¿Me conocéis?—contestó Roberto con extrañeza.

—De vista solamente. Soy vecina vuestra; vivo enfrente. En el segundo piso de esa casa, con seis balcones á la calle, que me cuesta cinco mil francos, sin contar los impuestos. Por las mañanas, á eso de las diez, os veo llegar á vuestro estudio, donde hay que confesar que no acuden muchos clientes. Para distraeros, abris las ventanas. Os paseáis. Miráis vuestros libros. Después fumáis algunos cigarros, á fin de pasar el tiempo. En vista de esto, me he dicho: «He ahí un joven activo, trabajador, seguramente con talento, y que no tiene ocasión para manifestarlo. Si yo le facilitara esa ocasión, confiándole la defensa de mis intereses, tal vez esto le podría servir como de base para comenzar su carrera». Además, caballero, yo adoro la juventud: ¡es tan hermosa! ¡Ah, la juventud! Además, estoy convencida de que vos no abandonaréis mis asuntos. Os ocuparéis de ellos con asiduidad. Esos hombres de negocios, conocidos, de nombradía, de gran reputación, están por lo general preocupados con sus cuestiones particulares, y no se cuidan de nada. Pero tengo todavía otra razón, que considero la principal. Permitidme que os explique mi pensamiento.

—Con mucho gusto, señora.

—Pues bien, querido vecino. Sois joven, y al trabajar, lo hacéis sin duda para labraros una fortuna: ¿no es así?

—Seguramente, señora; mas debo advertiros que no soy ambicioso.

—¡Perfectamente! ¿Pero acaso es posible vivir en París sin fortuna?... Es preciso que os hagáis rico; creedme, ¡es preciso! Pues bien; yo os ayudaré.

—No deseo otra cosa (replicó Roberto sonriendo); pero es necesario que yo sepa....

—¿De lo que se trata? Es muy justo, y ya veréis cómo la cosa es sencillísima. Se trata..., ¿cómo diré yo?, de que os encarguéis de una misión.

—¡De una misión!.... ¿No se trata de un pleito?

—Los pleitos vendrán después. ¡Oh! Estad tranquilo. Debemos por ahora limitarnos á una averiguación; una averiguación acerca de nuestros enemigos.

—¿Qué enemigos?

—Ya lo sabréis. Tengo en mi casa varios paquetes de cartas curiosas, ¡oh!, muy curiosas, que pueden comprometer seguramente á los que las han escrito. Si yo pudiera sacar partido de ellas..., ahora que los tiempos que atravesamos están malos....

Roberto se levantó, y con voz firme dijo:

—No continuéis, señora.... Ya sé lo que deseáis.... Pero os habéis engañado al dirigiros á mí. Yo no me encargo de negocios semejantes.... Quiero creer que no habéis sin duda meditado bien vuestras palabras, y que no ha sido vuestra intención ofenderme; pero no prosigamos.

Lejos de desconcertarse, la señora dirigió todavía una seductora sonrisa á Roberto du Chatel, y se quedó mirándole.

—Sois un niño (le dijo): os espantáis sin motivo, sin el menor motivo. He venido para pedir un consejo, para saber qué conducta debo observar, y ni siquiera me dais tiempo para poderos explicar de lo que se trata. ¡Á mí, que me habíais parecido tan bien; que me habíais sido tan simpático! Cuando pensaba deciros después que hubiéramos hablado de nuestro asunto: «Id á verme, no os aburriréis en mi casa. Mi casa es muy divertida y alegre. Siempre tenemos fiesta. Se come, se canta, se baila y se cena. Algunos hombres galantes...., distinguidos...., y algunas señoras...; ¡oh!, la flor y nata de la juventud y de la belleza. Algunas señoras casadas, varias solteras, muchas extranjeras, sí, muchas extranjeras. Por supuesto, todas personas bien educadas». Yo no consentiría en mi casa, en mis salones, la menor ligereza, la menor palabra in-

conveniente.... Mas esto no impide el poder divertirse, yo os lo aseguro.

Mientras hablaba, sin dejar de sonreír, dejando entrever una dentadura verdaderamente hermosa para una mujer de sus años, Roberto du Chatel reflexionaba por su parte. Aquella casa hospitalaria que se le ofrecía, ¿no era precisamente una de aquellas donde él deseaba penetrar, y buscaba los medios de ser introducido, á fin de poder cumplir el ofrecimiento hecho á su amigo? ¿Podría encontrar mejor ocasión para ponerse en contacto con aquella sociedad donde se proponía hacer sus investigaciones?

Después de algunos instantes de lucha entre sus principios y creencias y la amistad por Armando, dijo:

—Vamos, señora, explicadme con claridad vuestro asunto.... No debo haber comprendido bien.

XIII.

Mientras enumeraba con cierto orgullo el lujo que tenía en su casa y los placeres que en ella seguramente encontraría, la nueva cliente del joven abogado no dejaba de observar el efecto que en éste producía su relato. Así que, cuando

éste se mostró dispuesto á seguir escuchándola, no pudo reprimir un movimiento de alegría, y sonrióse llena de satisfacción.

—Ya eres mío (se dijo); ya eres mío. Ya puedo estar tranquila, y hablar con toda claridad. Te gustan las mujeres guapas, lo comprendo. ¡Ah! Si tú me hubieras conocido en otros tiempos, hace veinte años, hasta hace diez. Sí; yo estaba guapa todavía. Entonces nos habiéramos visto.

Se quedó meditando algunos instantes, como si dudara todavía; después, como resolviéndose:

—Señor Abogado (le dijo); yo no sé si me sabré explicar. Las palabras no siempre expresan bien el pensamiento. Pero os suplico tengáis el convencimiento de que mis propósitos son honrados, y puras mis intenciones.... Quiero únicamente que se me haga justicia; que mis legítimos derechos sean reivindicados.

Roberto se limitó á inclinarse.

—Por supuesto, yo confío me guardaréis el secreto.

—El deber profesional me obliga á ello.

—Bien: comienzo, pero llamadme la atención si llevo á extraviarme. Vos habéis oído hablar sin duda del conde de X...., uno de los primeros elegantes de París, muy rico, y que era buscado para toda clase de diversiones.

—En efecto...., me parece (dijo Roberto) que

no me es del todo desconocido el nombre de ese Conde.

—Pues bien (añadió, bajando los ojos y con aire confuso): yo he sido el último capricho del Conde. ¿Qué queréis? Era joven. El era seductor, me juraba un amor eterno. También me lo juraba por escrito, en frases apasionadas, llenas de amor, de locura.... ¡Ah! Ya veréis sus cartas algún día, joven, y comprenderéis mi falta.

—Vamos á los hechos,—creyó deber decirle Roberto, algo cansado de tanta verbosidad.

—Tenéis razón (replicó sin desconcertarse). El tiempo es precioso.... He aquí los hechos: una mañana el conde de X.... me abandonó villanamente para casarse.

—Eso ocurre con frecuencia,—observó du Chatel.

—Lo comprendo; mas también ha ocurrido con frecuencia que se hayan vengado.

—¿Qué habéis hecho?

—Nada.... He esperado.

—¿Cuánto tiempo?

—Hasta ahora.

—¡Tenéis paciencia para la venganza!

—Cuando tengo interés en reprimirme.

—¿Qué interés?...

—El Conde, cuando tenía amores conmigo, no tenía gran fortuna. Su mismo matrimonio

tampoco le ha enriquecido. Únicamente, después de varias herencias, es cuando ha llegado á reunir una fortuna considerable.

—¿Y bien?—contestó Roberto, que parecía no comprender.

—¡Pues bien! Ya lo veis.... Pido al primer hombre que he amado...., sí, el primero, os lo juro....; los otros no los recuerdo, que repare el mal que me ha hecho, los daños que me ha causado...., porque, si no hubiese sido por su causa, yo sería hoy una mujer honrada, una buena madre de familia.

—¿Lo creéis?

—Sin duda. Yo tenía todas mis virtudes en flor, y él las segó.

—Comprendido (dijo Roberto, á quien el mismo disgusto le hacía burlón). Pero, ¿cómo queréis que el conde de X.... repare los perjuicios de que me habláis?

—Asegurándome un porvenir para mi vejez, con una renta que me permita vivir. Total: que haga hoy lo que no ha hecho antes.

—¿Y si no consiente?

—Hay cartas (respondió con calor), las cuales le obligarán seguramente; porque pueden, en un momento dado, destruir por completo la tranquilidad, el reposo y la dicha de su vida conyugal.

Roberto ocultó un movimiento instintivo de disgusto.

—¿Y qué efecto puede causar á su mujer esa correspondencia, cambiada antes de su matrimonio?

—Nada prueba que sea antes ó después. Esas cartas no se fechan jamás; el día de la semana, algunas veces el mes, pero nunca el año. Además, que eso no importa. He tomado antecedentes. La Condesa conserva todas sus primeras ilusiones para con su marido. Éste le ha hecho creer que no había amado jamás antes de conocerla; que ella ha sido su primero, su solo, su único amor.... Las famosas cartas destruirán esa creencia, como también la absoluta confianza que le inspira su querido Evaristo: el Conde se llama Evaristo.

Roberto reflexionaba. Todos sus sentimientos de honradez, de nobleza y de generosidad se sublevaban oyendo á su cliente expresarse de aquella manera cínica y desvergonzada. Varias veces estuvo tentado de mandar arrojar de su casa á aquella bribona. Pero seguidamente se decía que, de no tener el suficiente valor y prudencia para sufrir aquello, para escucharla y asociarse con ella, no podría ir á su casa, ni encontrar en ella las personas que podían indicarle lo que tanto deseaba Armando Le Forestier; y de ese modo los culpables, ocultos por espacio de tantos años, continuarían siendo perfectamente desconocidos. Por lo tanto, procuraba ocultar su indignación, y seguía escu-

chando, sin manifestar el menor desagrado.

Animada por el silencio del joven, y no pudiendo calcular lo que pasaba en su interior, continuó hablando de su negocio, cada vez con mayor animación.

—Es preciso (continuó diciendo, con acento afectado y algo pretencioso) tomar la vida tal como ella es; hay que aprovecharse de las circunstancias favorables, y no dejar cerrada la puerta á la fortuna cuando á ésta se le ocurra llamar á ella.... Sí, sí; la fortuna que veis me espera, y la cual también os alcanza. El negocio del Conde de X...., si lo manejáis con habilidad, si llegáis á alcanzar la justa reparación que pido, los intereses del capital que yo le entregué en aquel tiempo...., porque la pureza de la mujer es un capital, como ha dicho muy bien Alejandro Dumas, hijo.... Este negocio, os aseguro, no sólo os dará utilidad, sino que os traerá tantos otros, que concluiréis por poneros rico.

—Ciertamente,—contestó Roberto, dispuesto á ver hasta dónde era capaz de llegar su nueva cliente.

—No lo dudéis (replicó ésta). Tengo otras muchas cuestiones, además de ésta. Se trata de poner en práctica un sistema que voy á explicaros, si me lo permitís.... ¡Oh! Por supuesto, es moral.

—Veamos ese sistema moral.

—Ser honrado, no practicar jamás el mal, pero estar en observación constante de aquellos que lo practican; estudiar todos los vicios, descubrir el motivo de los crímenes y las causas que los originan.... ¿Qué inconveniente hay en todo esto? Ninguno, puesto que en nada se falta á las leyes de la honradez y de la virtud. Se trata únicamente de sacar utilidad á este espíritu de observación, á estos estudios, á estos trabajos. Eso es justo. Todo trabajo merece su recompensa.... ¿No es así?

—Seguramente.

—¡Vamos! ¡Veo que nos entendemos! Al principio os pusisteis de tal manera, que no pude menos de decirme: «¿Si este hermoso y distinguido joven será tonto? ¿Si me habré engañado al juzgarle? Pero, gracias á Dios, ahora veo que no. Sois el hombre que yo había adivinado. Haréis vuestra fortuna, y contribuiréis á la mía. Mas, entretanto, no quiero...., no puedo consentir, señor Roberto (añadió sonriendo con coquetería), que viváis en una salvaje soledad. Es necesario que salgáis, que os presentéis en el mundo; id á verme con frecuencia. Para ello no tenéis más que atravesar la calle. Os daré buenos consejos. Os haré verdaderamente irresistible. ¿Aceptáis?

—¿Que me hagáis irresistible?

—No, porque eso ya está hecho; pero á que

miréis mi casa como vuestra. Como ya os he dicho, en ella se pasa el tiempo de la manera más agradable.... Esta misma noche, si quisierais, podríais venir. La concurrencia será mayor que de ordinario. He hecho algunas invitaciones.... De amigos solamente, pero de los más escogidos; lo que constituye la verdadera flor y nata. Por ejemplo, el señor de Montbarán. ¿Le conocéis?

—No, señora.

—¡Ah! Es todo un caballero, que ha heredado todas las aficiones de su padre.... Un Lauzun ó un Richelieu.... moderno; un joven á la moderna, y el mayor aficionado á mujeres de cuantos han existido. Por eso viene precisamente á mi casa. ¡Oh! Se encuentran lindísimas.... Id esta noche, y veréis precisamente á la bella Rachel de Nicia, una criatura seductora.... Pero ahora recuerdo. Os conoce, y se ha fijado en vos.

—¿En mí?

—Sí; desde mi cuarto segundo se domina perfectamente vuestro entresuelo.... Como vuestras ventanas están casi siempre abiertas.... No hace muchos días sorprendí á Rachel que os estaba contemplando. Es casada; pero su marido se encuentra viajando; creo que ahora se halla en Turquía.... Me fué presentada por el marqués de Arnage, que le sirve de pretexto.... Ya vale poca cosa.... Cincuenta años, bastante cascado, y además arruinado por el juego.... ¿Vos jugáis?

—Jamás.

—Tanto mejor, y os felicito por ello. En mi casa no tendréis que cambiar por nada vuestras costumbres.... Alguna que otra vez se forma una partida, por pura distracción solamente, y en la cual no se atraviesa casi nada. Pero el Marqués, después que se separa de nosotros, se marcha por su desgracia al círculo, donde se ha dejado la mayor parte de su fortuna.... Es un hombre que es muy útil conozcáis. Preocupado en la actualidad, perseguido por sus acreedores, os encargará, tan luego como se lo indique, el cuidado de todos sus asuntos. ¿Conque cuento con vos para esta noche, mi querido caballero?

Se dirigió hacia la puerta; pero de pronto se volvió, diciendo:

—¡Jesús! ¡Qué aturdida soy! Me olvidaba deciros mi nombre.... Señora de Fontenay-sous-Roches....; Prudencia de Fontenay para mis amigos. Hasta después.

Y salió, dejándole aturdido, no sólo con lo mucho que había hablado, sino con las cosas que le había dicho, al mismo tiempo que con el deseo de poder ver todo aquello por sí mismo.